

El Poema Sinfónico *"ATLANTIDA",* *del Música Español* *Manuel de Falla*

Félix Fernández Shaw.

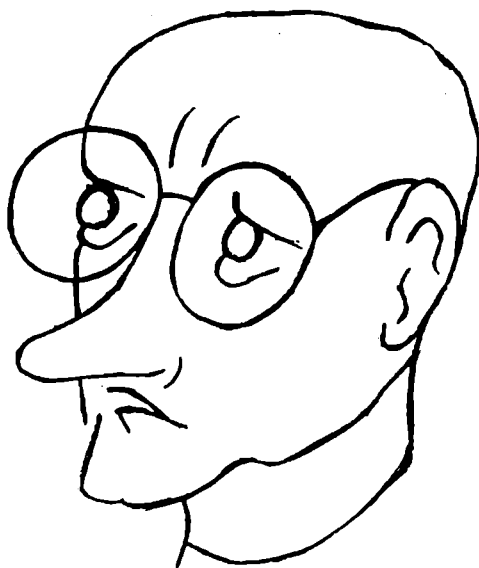
El compositor español Manuel de Falla bien conocido por su vigorosa personalidad que destaca en todas sus composiciones con el sello clásico e inconfundible de la moderna escuela española, dejó inconcluso un poema sinfónico en el que siguiendo el poema de Jacinto Verdaguer, describe musicalmente la desaparición del fabuloso continente denominado "Atlántida". La obra fue terminada por su discípulo predilecto Ernesto Halffter y estrenada en España en 1961 y en Italia en 1962, constituyendo un acontecimiento extraordinario entre los musicólogos. Clarendon —crítico musical del periódico francés "Le Figaro"— afirmó que de la audición de Barcelona había salido encantado, y que de la representación del Teatro della Scala de Milán volvía entusiasmado.

La obra de Falla había triunfado, como triunfaron las precedentes, aunque los aplausos y la gloria se tributaban a su memoria (murió en 1946) y en la persona de su discípulo Halffter, quien se supo compenetrar tan bien con su maestro que difícilmente se pueden notar la intervención de unas u otras manos. Con esta obra se enriquecía el acervo, no muy abundante hasta ahora, de las obras españolas de música histórica.

Creemos será del agrado de nuestros lectores aficionados a la música el reproducir aquí lo que con ocasión del estreno en Milán escribió un conocido literato y diplomático español, D. Félix Fernández Shaw.

CLIMA NATURAL DE FALLA.

Las últimas hazañas de Hércules suelen colocarse en el país tartesio, pero es en el escudo de su nativa Cádiz desde donde niño Falla ha visto las "Columnae Herculis", con el lema "Hercules fundator". Y no sólo en el de su patria chica; también en el de su Patria grande —España— figurarían las columnas con un triunfador "más allá". Con parecida representación, ¡qué diferente significado! Qué interesante sería tener pormenores de los recorridos olfateantes de Falla por Cádiz y de sus desplazamientos —los anota Pahissa— a Jerez de la Frontera, a Sanlúcar de Barrameda, a las ruinas de Hércules, a Tarifa... Porque la savia de esa región acumulada y celosamente guardada durante muchos años la derrochará después, a través suyo, España entera en la empresa co-



lombina. Colón no podía haber salido de otra comarca para cumplir la aventura americana. Y por eso a Colón consagra la tercera parte de su *Atlántida*.

Para el tema de Colón, Falla tiene su registro especial, y desde el principio —ya lo dice en carta a Sert, de enero de 1928— ve claro que el poema de Verdaguer, en el aspecto colombino, sólo en parte colma su visión. Consulta libros sobre el particular, y la memoria no le flaquea. Se acordará de que cuando era niño fundó una ciudad imaginaria —fruto de su imaginación, pero que funcionaba mejor que las de ladrillo y cemento—, a la que bautizaría con el nombre de Colón, y cuyo principal periódico —la ciudad de nada faltaba— tenía por título *El mes colombino*. ¿Tendría también algún recuerdo de las fiestas conmemorativas de 1892, cuando apenas contaba dieciséis años? Tuvo que sentir mucho no tener lista *Atlántida* para la Exposición Iberoamericana de Sevilla, de 1929, aunque indudablemente la tuviera ya lista: de una carta escrita a Sert en noviembre de 1928, deduce Franco el esquema que Falla tenía ya de *Atlántida*, y sorprende ver cuán cerca se halla de la versión que, al fin, vio la luz. Al considerar la complejidad del tema escogido, su carencia de fuentes, su meticulosidad para trabajar, etc., con los resultados de dos años de preparación, no puede pensarse seriamente en la cantidad de ocurrencias fértiles del maestro Falla. ¿No sería más bien que un conjunto de circunstancias sirvieran de espoleta para que el músico pudiera descargar una serie de ideas, de motivos, de sentimientos, que año tras año venía anidando; que sus estancias en Cádiz, después en la capital de España y, por último —un último muy importante—, en el extranjero, le invitaran a ahondar en el espíritu de su patria

y a conformar una esquemática línea de inquietudes y proyectos? Es claro que, como artista, todo lo ve a través del arte que moldea; pero con sus notas, ¿no da una respuesta positiva a la temática de las generaciones españolas de su tiempo? Su paso por Pedrell, con la huella que éste le dejara, ¿no estaba dentro del cuadro de las preocupaciones de la generación del 98? Su dedicación completa en cada producción a algo que lleva muy dentro, pero que expresa con aires de universalidad (las gitanerías de *El amor brujo*, la guitarra de *Las noches en los jardines de España*, la vieja música castellana y la vihuela de *El retablo de maese Pedro*, el clavicémbalo del *Concierto*, los coros de *Atlántida*), ¿no exigiría un nuevo replanteamiento de su obra a la luz del espíritu del 98 y de generaciones posteriores? (1) Un trabajo interesante sería cotejar lo que adoptó y lo que no aceptó del poema de Verdguer. Todavía hay, por fortuna, quienes por haber tenido contacto directo personal con Falla pueden dar una serie de noticias, hoy por hoy en la penumbra. ¡Abranse los pasos a niveles culturales que mantenían enraizada la producción del primer músico español!

MUSICA HISTORICA.

Y ello por lo que sin precedentes supone *Atlántida* en la música española. Si en España ha habido poesía histórica, o novela histórica, o pintura histórica, no teníamos grandes muestras de música histórica, aunque nuestra música pasara a la historia. Pero ése ya es otro cantar. Y eso es lo que, a mi modo de ver, ha conseguido Falla.

Los que practican el arte histórico no son, generalmente, bien considerados por los especialistas. Se les achaca, cuando menos, la falta de imaginación, y las más de las veces se les tacha de quedar prisioneros por la rigidez histórica de los hechos, perdiendo flexibilidad y frescura en la expresión. Aunque no abunde enteramente en tal opinión —ya que la historia es una de las grandes joyas que tiene lo hispánico, y todos los caminos son buenos y deseables para mostrar sus tallas—, el caso de *Atlántida* es otro. Falla tomó el poema de Verdguer, se imbuó en su sentido, lo asimiló, lo redujo, lo adoptó y expresó todo aquello que sentía. Falla ha musicado una buena parte de

sus sentimientos y paisaje artístico, pero también ha musicado una buena parte de la historia de España, mas no una historia de hechos, de sucesos, sino de contenido. No escogió este episodio lírico o aquel dramático como en cualquier ópera al uso. Hubiera obtenido los resultados musicales en él comunes sólo con desarrollar la tercera parte de *Atlántida* —la del descubrimiento de América— o cualquiera de las otras. Pero quiso expresar algo más. Y lo consiguió. Quiso seguir una línea causal, no exenta de contenido filosófico, en la exposición de los acontecimientos históricos desfilados por el suelo patrio y narrados —¿por qué no?— con pasión. Por eso no le bastó con hacer una ópera; por eso la masa coral le resultaba insuficiente. La “*Cantata escénica*”, en cambio, colmaba su visión y su ambición. Así pudo combinar una serie de elementos: de una parte, los coros, hilo de Ariadna de toda la obra; de otra parte, los efectos escénicos, que le ayudaban a localizar geográficamente la acción y a expresar gráficamente aquello que en el pentagrama su musa había volcado.

EL ARGUMENTO.

Porque en esta obra, transida de historia, sorprende el mimo con que está tratado todo aquello que pertenece a la naturaleza, y aun en aquellos pasajes más difíciles la imagen poética tiene siempre su lugar reservado. “A Cádiz, mi ciudad natal; a Barcelona, Sevilla y Granada, por las que tengo también la deuda de una profunda gratitud”. Así reza la dedicatoria de *Atlántida*. Y Manuel de Falla experimentaría especial fruición, sin duda, al encontrar en el texto de *Atlántida* lugar de excepción para las ciudades queridas. Y basta seguir el argumento de la obra —escrito por Pemán— para encontrar ríos y ciudades, y mares, y montes... Y la presencia de la barca en la fundación de Barcelona; o la del tricéfalo Gerión, más peligroso aún que el propio Jano; las naranjas y cerezos del Jardín de las Hespérides; las siete estrellas que recordarán la existencia de las siete hijas del rey Atlas; los huesos de los atlantes muertos; el “drago”, árbol secular que llora la muerte del dragón de las Hespérides (¿un recuerdo al “baobab” de Saint Exupéry?); la espada del arcángel justiciero; las columnas del *non plus ultra*; el sueño de Isabel; la llegada de la paloma; la entrega de las joyas a Colón...

Pero junto a la descripción poética y de la naturaleza, de que en la obra se hace alarde, cobra particular importancia su enfoque. Y creo debería otorgársela, necesariamente, a la colocación de pasajes como los del “Himno hispánico” (prólogo), la “Salve hispánica” (tercera parte) o la “Catedral hispánica” (tercera parte). Falla necesitó, en cierto sentido, yuxtaponer la tercera a la primera y segunda parte; pero para que no existiera hiato alguno musicó un prólogo delicioso, anunciador de propósitos que de por

(1) Sobre la música y la generación del 98, sólo recuerdo haber leído unas notas del Padre Sopena en un número especial de la revista *Arbor*, a las que luego me parece dió cabida en su *Historia de la música española contemporánea*. Pero el problema para mí no radica tan sólo en saber la postura musical de la “generación del 98”, su mayor o menor dedicación a los temas musicales; yo preferiría conocer cuál ha sido la respuesta musical a la problemática planteada por el “espíritu del 98”, cómo ha reaccionado el pentagrama de los músicos españoles, en qué vertientes y por qué. En el caso concreto de Falla, detrás de su producción siempre se encuentra a España; la historia de sus obras es la de su preocupación por España, que él expresó con metal y cuerda, en lugar de hacerlo con pluma, buril o pincel.

si contiene ya los elementos de ulterior desarrollo. La Atlántida sumergida y el himno hispánico son las dos fases del prólogo. ¿La Atlántida por qué desapareció? Porque en el alegre Jardín de las Hespérides, su rey, Atlas, monarca poderosísimo, y sus pobladores, los atlantes, raza de fuertes gigantes, llevados de la ambición, pretendieron escalar, traspasando todos los límites, el mismo trono de Dios. En castigo, Atlántida —cuyo era el nombre de aquel continente— fué sepultada por las aguas. De tal cataclismo sólo se salvó una parte de tierra. Y tal privilegio recayó en España, amarrada como una góndola al antemural del Pirineo —¿condición y base geográfica?— por disposición especial del Altísimo —¿concepción providencialista de la Historia?—. Y con esta visión geográfica e histórica, Falla acomete jubiloso el "Himno hispánico", al comprobar que en España acumuló Dios los tesoros de la naufragada Atlántida, y que en aquella tierra los pueblos de Oriente vellicieron encontrar Eldorado de su época: el vellocino de oro, el Eliseo de Homero, el Ofir de Salomón.

LA OBRA MUSICAL.

Al desarrollo del sumergimiento de Atlántida dedicará la primera y segunda parte. Del "Himno hispánico" tomará pie para la configuración de la tercera. Porque cuando en la segunda parte se oye la voz divina justiciera, ésta hace saber que los dos pedazos en que la tierra quedó rota no volverán a unirse hasta que, enlazados por los hijos de España, vuelvan a amar a Dios en un día futuro.

...E poi gli sparsi resti in cui sarà diviso,
uniti dagli Ispani
torneranno ad amarmi,

dice la versión italiana de Montale. Y al **non plus** ultra grabado por el propio Hércules en las columnas (final de la segunda parte), sólo una fe podía derribarlo (tercera parte): la de una reina —Isabel—, iluminada, carente de egoísmo; la de un héroe cristiano —Colón—, soñador de un "más allá"; y la de una tripulación compuesta por catalanes, andaluces, cántabros, castellanos y gallegos, en una palabra, por los hijos de España, quienes entonan la "Salve hispánica" a la Estrella de los Mares, unidos en la fe de un pasado y en la esperanza de un futuro. Pero todavía Falla querrá profundizar más aún, y por eso en la escena final de la obra, el escenario del mundo recién descubierto queda convertido en "Catedral hispánica": los árboles y palmas se transforman en columnas y nervios de la Iglesia; aparecen los grandes héroes ibéricos, y los santos y los navegantes se unen con los habitantes del Nuevo Mundo; a unos y otros preside la cruz del árbol mayor de la Santa María.

¿Ha podido Falla exponer más claramente su propio pensamiento? En Atlántida nos muestra

toda la escala de su sensibilidad: en lo religioso, en lo espectacular, en lo lírico, en lo místico... y en lo histórico. Este último aspecto es el que ahora me interesa. En otro lugar (2) me he esforzado en deslindar los campos de lo que yo entendía por hispanidad e Hispanidad, por el peligro de que el concepto filosófico-histórico pudiera ir saturándose de un sentido político. Y traía a colación las visiones de Maeztu y de García Morente por su vinculación al significado del acontecimiento colombino, abogando, con Puente Ojea, no partir del descubrimiento de América para la comprensión del significado de la hispanidad, aunque aquél, indudablemente, sea una de las principalísimas gestas que la integran. Y por eso me llamó la atención la visión de Falla, quien para llegar a la "Salve hispánica" y a la "Catedral hispánica" —catedral simbólica; pero de significado insospechado para la gran familia hispánica—, demostró el por qué de este desenlace (sin omitir el "...y no será más Tule el fin del mundo", de Séneca), tras la decantación, en el pasado, de una serie de valores. La contribución del pensamiento de Falla en este punto —no me refiero a la realidad histórica de los hechos narrados— pienso que debe sopesarse debidamente en la historia del estudio conceptual de la hispanidad. Falla se convierte no sólo en el gran músico de la Hispanidad —es decir, de esa unión epidérmica existente entre los pueblos de origen o herencia española, en base a una comunidad de religión, lengua, costumbres o cultura—, sino que tendrá un puesto especial entre los que se preocuparon por cargar de sentido el concepto filosófico-histórico de hispanidad.

LA ATLANTIDA, SIMBOLO CRISTIANO EN LA CONCEPCION DE FALLA.

¿Cabe una mayor exaltación de los ideales hispánicos, del significado del descubrimiento de América que la presentada en Atlántida? Decididamente, no. Pero ello no autoriza a que cierta prensa italiana extremista y tendenciosa que he leído hablara de "retórica exaltación del nacionalismo español"; lo que, por otra parte, es disculpable, ya que quienes así procedieron no profundizaron en el espectáculo visto, mal del que se adolece quizá en el extranjero al juzgar las cosas españolas solamente por su fachada. Pero al ahondar en la psicología de Falla queriendo comprender su obra "desde dentro" sorprenderá que Falla, por encima de su mensaje hispánico, se proponía algo más: hacer de Atlántida un símbolo. Las *Atlántidas* titularía Ortega y Gasset su ensayo; La Atlántida se llama el poema original de Verdaguer; Atlántida, sin artículo alguno, será el vocablo escogido

(2) Félix Fernández-Shaw: Hispanoamericanismo, panamericanismo, interamericanismo. "Revista de Estudios Políticos", número 107, septiembre-octubre de 1959, y más ampliamente en *La Organización de los Estados Americanos (OEA). Una nueva visión de América*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1959.

por Falla, quien por encima de su narración mística e histórica quiso lanzar a los cuatro vientos, con bombo y platillos, su himno de esperanza. Hay que confiar, ante los avatares de la vida. Atlántida se sumergió, pero se ignoraba lo que la Providencia tenía reservado para el conveniente desarrollo teológico de la historia de la humanidad. Era necesario redimir las tierras lejanas, y el sueño de Isabel y las voces del coro lo presienten y gritan: "¡Christoferens!, ¡Christoferens!", portador de Cristo..., "porque Cristóbal Colón algo de Cristo ha tenido". (Cito de memoria la bella composición de Alfonso Junco). Una Atlántida desaparece hoy, pero otra se nos concederá mañana siempre que existan hombres y pueblos capaces de efectuar la redención. Gracias a Falla, el mito pagano de la Atlántida ha quedado convertido en símbolo cristiano. Tal es para mí la visión que Falla ha querido darnos con Atlántida. Su mensaje esperanzador cristiano a la humanidad a través de los rosicleres del alba hispánica. Lo que le alinea en el frente de pensamiento de otros compatriotas. En la última escena de Atlántida, cuando en la "Catedral hispánica" aparecen reunidos misioneros y conquistadores con los nativos ultramarinos, sin querer recordé a esos Caballeros de la Hispanidad, de Ramiro de Maeztu, que, surgiendo en tierras diversas y lejos unos de otros, se reconocen medidos por un mismo diapasón. El ideal personal de Don Gil, Don Juan, Don Lope, Don Carlos, Don Rodrigo, será el de sus países, y el de sus países, el de la Hispanidad, y éste, el del género humano. ¡Y este pensamiento de Maeztu qué bien comulga con el expresado por Falla! Lo que Falla postula, sobre huellas de Maeztu, para la

humanidad —último estrato de su dialéctica— es, a mi juicio, un imperialismo moral, mas no precisamente de España ni de los hispanos, sino de las virtudes morales, en ese momento, hispánicas. Por ellas, Falla construye la "Catedral hispánica" con cabida para todos los humanos. Y su mensaje tiene mayor significado que el de traspasar geográficamente las columnas de Hércules: se trata de un esperanzador y ultraterreno "más allá".

CONCLUSION.

Se encontrarán razones más que profundas, pues, para comprender la lentitud en el trabajo de Falla, sus dudas, reservas, temor a susceptibilidades, etc. Y el sentido de responsabilidad de Ernesto Halffter, aceptando el encargo honoroso y oneroso de concluir obra tan ambiciosa, sacrificando años de trabajo personal en aras de la devoción al maestro y en beneficio de la música española. Servidumbre y grandeza del discípulo predilecto. Con total carencia de egoísmo arrojó dificultades y realizó un trabajo que sólo él, por su total identificación con Falla, podía haber ejecutado. Honradamente Halffter ha hecho saber exactamente en qué consistió el legado de Falla, y con no menos honradez la crítica especializada ha manifestado la dificultad de deducir dónde comienza la labor del maestro y la del discípulo. Quienes oigan Atlántida tendrán con Halffter una deuda imperecedera; gracias a él ha sido posible vivir uno de los acontecimientos musicales de mayor relieve en los últimos lustros. Para un artista, el mejor pago de aquélla es el aplauso. El mío vaya, pues, caluroso y entusiasta.

